

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

47-48

JULIO-DICIEMBRE

1952

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$ 11.00

Exterior Dls. 2.00

Número suelto \$ 3.00

Número atrasado 4.00

Sumario

ARTICULOS

	Página.
Juan David García Bacca	<i>Las ideas de ser y estar; de posibilidad y realidad en la idea del hombre, de la filosofía actual</i> 9
Samuel Ramos	<i>El pensamiento de John Dewey</i> 41
Ramón Xirau.	<i>John Dewey y la experiencia estética</i> 51
Adolfo Sánchez Vázquez	<i>Humanismo y visión de España en Antonio Machado</i> 61
Eduardo Luquín	<i>José Enrique Rodó</i> 79
Agustín Millares Carlo	<i>Juan Ruiz de Alarcón en la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos xvii-xviii)</i> . 117
Oswaldo Robles	<i>En torno al De Anima de fray Alonso de la Vera Cruz</i> 135
Francisco Guerra.	<i>Las ideas médicas de fray Alonso de la Vera Cruz</i> . 161
Julio Jiménez Rueda.	<i>El centenario de don Rafael Delgado</i> 175
Francisco Monterde	<i>Trayectoria de Rafael Delgado, como cuentista</i> . 183
Juan A. Ortega y Medina	<i>El problema de la conciencia cristiana en el Padre Hidalgo</i> 193
Justino Fernández	<i>Los dos Hidalgos de Orozco</i> . 213
Juan Hernández Luna	<i>Hidalgo en la conciencia de los liberales</i> 223

	Págs.
Roberto Ramos	<i>Libros que leyó el señor don Miguel Hidalgo</i> 233
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El mundo económico de Hidalgo</i> 247
Xavier Tavera Alfaro	<i>Hidalgo y "El Despertador Americano"</i> 259
Sergio Fernández	<i>El mensaje del Periquillo en el momento de la Independencia</i> 275

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

José Gaos	<i>Lcibniz zu seinem 300. Geburtstag</i> 287
Vera Yamuni	<i>Los principios de la Ontología Formal del Derecho y su expresión simbólica.</i> (Eduardo García Máynez.) 294
Margarita Nelken	<i>Historia social y política de Alemania. Historia de España.</i> (Antonio Ramos-Oliveira.) 300
Ferrán de Pol	<i>André Gide: The Ethic of the Artist.</i> (Lawrence Thomas.) 307
Manuel Mendoza Sánchez	<i>El mito de la nueva cristiandad.</i> (Leopoldo Eulogio Palacios.) 310
José Almoina	<i>El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.</i> (José Ma. Gallegos Rocafull.) 315
Eli de Gortari	<i>Lógica. Teoría de la investigación.</i> (John Dewey.) 319
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>La poesía.</i> (Johannes Pfeiffer.) 323
Ismael Diego Pérez	<i>El Cid Campeador.</i> (Ramón Menéndez Pidal.) 327
Laura M. de Manzano	<i>El peligro de la libertad intelectual.</i> Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la UNESCO 333
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 337
Registro de revistas	345

EL MENSAJE DEL PERIQUILLO EN EL MOMENTO DE LA INDEPENDENCIA

El clima histórico que privaba en México a fines del siglo XVIII y principios del XIX era, evidentemente, de inquietud, provocada por un proceso ideológico que se había venido formando paulatinamente y que, hacia 1808 aproximadamente, llegó a una cierta culminación. Pero tal inquietud no tiene por cimientos, bien lo sabemos, una única corriente de pensamiento; la forman muchas fuentes de vida, no sólo distintas entre sí sino hasta contrarias. Por un lado, la que viene de la propia España; por otro, la que llegó directamente del siglo XVIII europeo, francés especialmente, y también el ejemplo que ofrecía la joven y próspera república de Estados Unidos. Estas dos últimas son, por esencia y tradición, antagónicas a la primera. No es de extrañar, por tanto, que el hombre nacido en Nueva España en esta época tenga puestos los ojos a veces en lo que la historia hasta ese momento le ha enseñado como propio, es decir, lo hispánico y, en otras, en lo que anhela y que, por tanto, es lo que no tiene, en lo cual ve una mejor posibilidad de vivir la vida: el mundo moderno que descarta en cierta forma a lo español y que ofrece, por ello, una libertad a lo que de lo español deriva.

En este pretender ser otra cosa de lo que se es; en ese fugarse hacia una diversa existencia, sin que por eso se pretenda romper de un golpe con todos los lazos que con el propio pasado se poseen; en ese alejamiento hay, por ello, como tónica, un eclecticismo constante. Es pues justificado que el individuo de la época quiera abarcar todo y darle, dentro de sí, una sólida posición y armonía, admitiendo lo que le conviene y desechando lo que le estorba. A cada instante encontraremos opiniones que se modifican, hombres que cambian de partido; fervientes católicos que se oponen al clero abiertamente; llamados y súplicas a un rey español para

que gobierne un país que intenta romper con España; gente “moderna”, ilustrada, que habla de Dios y se encomienda a Él cada vez que traspone el dintel de su casa.

Quien estudie en todos sus ángulos esta parte de nuestra historia, tendrá que echar mano, desde luego, de uno de los libros más importantes que entonces se publicaron, *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, que recoge en sus páginas, con certera visión, los acontecimientos de una serie de circunstancias que explican el momento vivido. Escrito antes de 1816, es decir, en pleno movimiento insurgente, nos entrega una dramática visión de su tiempo. Lizardi se nutre en lo fundamental, para crear su novela, de una gloriosa corriente literaria española: Alemán, Quevedo, Castillo Solórzano, Estebanillo González, son lo principal que participa en ella. Lizardi toma al pícaro —español por todos los costados— y con él se queda para la creación de su principal personaje. Pero no es *El Periquillo*, ni con mucho, una obra de mera diversión, como no lo son, tampoco, las novelas españolas de este tipo. Antes al contrario, Lizardi no hace sino tomar al pícaro como pretexto para poder enseñar, dar cátedra en la escuela que es la literatura. Junto a las graciosas y entretenidas aventuras que Periquillo Sarniento, el héroe, tiene; junto a los descabros a los que sus incorrectas costumbres lo conducen, Lizardi le va mostrando una ruta de salvación, pero además lo hace partícipe de una serie de problemas que a él —hombre novohispano— lo inquietan e invita a Periquillo a que en su compañía les den solución adecuada. En este magnífico juego literario, Lizardi da un mensaje a la sociedad de su tiempo y trata de ponerla en condiciones de poder aprovechar la enseñanza que él, hombre experimentado en la lucha con la vida, le ofrece. Tal enseñanza es, desde luego, católica; contiene un fondo enorme de verdadera religiosidad. *El Periquillo* toma cuerpo en función de las enseñanzas que el escritor se propone darle al pueblo. Esta tendencia pedagógica es característica y ocupa el primer plano de la obra: cómo debe el joven instruirse y servir dentro de una sociedad no sólo como individuo, es decir, aislado, sino formando parte de una colectividad en la que necesariamente debe desempeñar funciones positivas: en qué sentido los padres de familia han de guiar a sus hijos en la difícil época de la adolescencia y hacerlos ciudadanos útiles; como debe, en fin, realizarse el hombre de bien. Pero la pedagogía de Lizardi, bien lo sabemos, no está cimentada sólo sobre bases católicas. Instruido, inteligente, moder-

no, está al tanto de las nuevas corrientes europeas del pensamiento que chocan, en mucha forma, con lo tradicional. En *El Periquillo*, como en sus otras obras, tratará de amoldar lo uno y lo otro y salir vencedor. Pero ¿cuáles son, además del pedagógico, los problemas que se enfocan dentro de la novela como capitales? Hemos creído ver fundamentalmente cuatro: el religioso, el económico, el de la igualdad del hombre y el político. Ayudados en la tarea más que por otra cosa por la lectura de las prédicas morales que intercala Lizardi entre las aventuras picardiles de Periquillo, iremos viendo, uno a uno, estos temas.

Lizardi está alucinado por la ideología del siglo XVIII y se debate internamente para poder buscar un acomodo, es decir, inventar una fórmula que no excluya a ese catolicismo suyo de la "razón", vocablo entendido en su sentido ilustrado. Bien sabemos que, de no ser ésta la explicación, la lectura de las páginas escritas por Lizardi y en particular las de *El Periquillo* nos resultarían inexplicables en algunas de sus consideraciones. El pícaro creado por él, resultará, visto con estos lentes, un pícaro "sui generis" pues en la narración que le da marco están difusas las ideas francesas que lo hacen portavoz de una nueva conciencia. El novelista intercala constantemente frases en donde hace gala de sus conocimientos y alardea de "hombre de mundo", llamándose a sí mismo un individuo "de razón". "Yo —afirma Periquillo, que algunas veces se identifica con el propio Fernández de Lizardi—, convengo en ello de buena gana, pues semejante trato (el que se tiene con los negros) es repugnante al hombre racional."¹ Clave para salir de todos los atoyaderos y encrucijadas, la razón se debería procurar con el mayor empeño por todos los hombres. El afán por hacer comprender la importancia de este aspecto de la ideología del setecientos está presente, por supuesto, en sus demás producciones. En otro lugar (*Diálogo entre un francés y un italiano sobre la América Septentrional*), nos dice: "Soy hombre racional y jamás me he dejado seducir por mis pasiones."²

Algunos otros aspectos de lo ilustrado que es Fernández de Lizardi los tenemos por ejemplo en el episodio que vive Periquillo cuando, después de naufragar en el Pacífico, sirve a un chino a su regreso de Manila.

1 *El Periquillo* Sarmiento; Editorial Stylo. México, 1942, t. II, p. 59.

2 *El Pensador Mexicano*; Biblioteca del Estudiante Universitario. Estudio Preliminar, Selección y notas de Agustín Yáñez. México, 1940, p. 8.

El oriental, tomado evidentemente como símbolo, representa una utopía que el occidental debe llevar a efecto y cumplimiento. El "buen chino" es, pudiéramos decir, la equidad y la sabiduría. La isla que habita es un oasis de cultura y paz, modelo de perfección digno de imitarse. Y esto no es sino un eco, consciente o inconsciente, de la opinión ilustrada. Al hombre del siglo XVIII le viene bien decir que los orientales tienen una civilización espléndida porque el cristianismo, acérrimo enemigo de la humanidad, no ha hecho en ellos huella alguna. El chino, para el ilustrado, por lo demás, es el hombre sin pasión. Lo más probable es que Lizardi no se dé cuenta exacta de la raíz histórica de esta alabanza hecha por el europeo hacia el oriental, pero en cambio sigue la brecha abierta. El chino, por su parte, no deja de burlarse de la civilización de Occidente.

Sin embargo Lizardi es, como hemos dicho, un ilustrado muy peculiar, "a la mexicana", valga la expresión. Junto a estas consideraciones suyas encontramos, empero, conceptos totalmente diversos. Su catolicismo es tan auténtico que Periquillo —pese a lo negativo que es como persona— trata de convertir al catolicismo al oriental, a quien sirve de criado por entonces, instruyéndolo en cánones de verdadera ortodoxia. Para Lizardi la Divina Providencia, mano de Dios, debe guiar los actos del individuo y éste debe acogerse a su protección. Por ello no deja de lamentarse que en su tiempo Dios (que es para él, evidentemente, el Dios católico y no el "gran arquitecto"), sea poco invocado y menos aún venerado: "En esto se acabó la comida y se levantaron los manteles, quedándonos todos platicando de sobremesa, sin dar gracias a Dios, porque ya en aquella época comenzaba a no usarse."³ Lo cual no indica que no ataque al clero y desee verlo al margen de los acontecimientos políticos de entonces, acusándolo de "perezoso e inútil a la sociedad".⁴ Bien sabemos que, por su parte, la iglesia tomó represalias en él; declaró heréticos sus escritos y lo llamó "masón" y libre pensador. "Se le acusó —dice Rea Spell— de falta de patriotismo, de ser hostil a la religión y de abusar de la imprenta."⁵ En público fué quemada su *Defensa de los Masones* y él mismo,

3 El Periquillo Sarniento, t. II, p. 59.

4 Don Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras, de José Joaquín Fernández de Lizardi. Introducción, Selección y notas de Jefferson Rea Spell. Edit. Cultura. México, 1944, p. XII.

5 Rea Spell, Jefferson; *Opus cit.*, p. XVII.

como sabemos, pasó algunos meses en prisión (1811) por sospechoso de ideas liberales. Todo lo cual podría concretarse en las acertadas palabras que Agustín Yáñez dice al respecto: "Hijo del siglo XVIII, aunque dentro de los límites de la Nueva España, Fernández de Lizardi es progresista y providencialista al mismo tiempo; corifeo de la razón y de la ciencia; rebelde, sentimental, cristiano. Interesante caso de resonancias y amalgamas doctrinales, nos enseña como, tras vicisitudes y represiones, llegaban las ideas a la Colonia y saturaban la avidéz de los espíritus inquietos, conmovían las conciencias, trataban de conciliarse con ideas tradicionales arraigadísimas, interpretábanse favorablemente a las necesidades y circunstancias del virreinato, daban sentido a la vida, infundían aliento a los teóricos de la emancipación, renovaban el ambiente y estallaban en disfraces varios. De este modo las ideas iluministas en consorcio con antítesis románticas y católicas, que a su vez hallábanse contrapuestas a ideas positivistas y naturalistas, sirven a Fernández de Lizardi para el análisis, diagnóstico y tratamiento de la vida nacional."⁶ Próximo a morir, hace algunas aclaraciones en su *Testamento y despedida del Pensador Mexicano* respecto de su posición frente a la iglesia, una vez reconciliado con ella. "Declaro --nos dice-- ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra santa madre iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe, que la iglesia nos manda creer con necesidad de medio; esto sí creo y confieso de buena gana y jamás ni por palabra, ni por escrito, he negado un tilde de ello. Mas acerca de aquellas cosas cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi asenso ni en artículo mortis"...⁷ con lo cual explica perfectamente su posición sin retractarse en nada respecto de los ataques que hizo durante su carrera periodística y literaria al clero.

En las ideas y opiniones que se transmiten al lector sobre todo en las prédicas que Lizardi le dirige a Periquillo, encontramos las más aprovechables hipótesis para que el país pueda entrar en una época de prosperidad. Es la conciencia que tiene de sus circunstancias y del medio am-

6 El Pensador Mexicano. Revista "Jornadas" (núm. 39). El Colegio de México. México (s/f).

7 El Pensador Mexicano; Biblioteca del Estudiante Universitario, p. 44.

biente de su tiempo; en ellas, además de la clara visión que se percibe, debemos ver que fueron el impulso —el primero quizás en la literatura de la América Hispánica —de colaborar en la solución de la crisis nacional para salvarla.

En el segundo tema que nos ocupa, de importancia fundamental, se le da solución al problema de la economía nacional. Opina Lizardi que el adelanto de un país no se debe, como erróneamente pudiera creerse, a su producción minera, esto es, a que sea rico en oro y plata principalmente. Todo lo contrario, manzanas de discordia, la posesión de estos metales es verdaderamente funesta. Muchas naciones, afirma el escritor, han sido y son más ricas sin la minería que con ella. Son más felices los países que importan tesoros y saben trabajar, como Inglaterra y Holanda, que los que los almacenan en sus entrañas, como México.⁸ Aquí se empieza a apuntar una idea nueva acerca de lo que es la riqueza; idea que, por lo visto, aún no había permeado en la sociedad colonial, aun cuando con esto no indiquemos que Lizardi sea el primero en orientarse en este sentido. En páginas posteriores sigue hilando sus consideraciones pero esta vez las matiza. Agrega que no es que precisamente sean nefastos el oro y la plata, sino que no se ha sabido darles empleo adecuado. Dándole otra vuelta al mismo problema y ya en ese plan, si no es la minería lo que significa la riqueza para México, ¿cuál es, en este terreno, su salvación? La agricultura, nos contesta Lizardi categóricamente. Vale más, desde el punto de vista moderno, que es el del escritor, un campo bien trabajado que una mina de oro que acabará por agotarse. Lo cual resulta un muy peculiar conocimiento de las posibilidades del país. “Entre un reino que se atiende a sus minas y otro que se alimenta por la industria, la agricultura y el comercio (o sea, en definitiva, el utilitarismo), es indudable que éste siempre prevalecerá y aquél caminará a su ruina por la posta”,⁹ dice Lizardi. El asunto es tan grave que las minas no sólo paralizan el progreso, sino que acaban con un país; aquí exagera la intención de sus afirmaciones pero lo hace con el único objeto de ser plenamente entendido por el pueblo. Así, Fernández de Lizardi asegura que “las Américas serían felices el día en que en sus minerales no se hallara ni una sola mina de

8 El Periquillo Sarniento, t. II, p. 231.

9 *Opus cit.*, t. II, p. 233.

plata y oro".¹⁰ "Entonces —agrega— sus habitantes recurrirían a la agricultura y no se verían, como hoy, tantos centenares de tierras baldías, que son por otra parte feracísimas; la dichosa pobreza alejaría de nuestras costas a las embarcaciones extranjeras que vienen en pos de oro a vendernos lo mismo que tenemos en casa."¹¹ Agustín Yáñez ha dicho a este respecto: "...El campo, sí. Porque el campo es factor educativo de primer orden; a su amparo resulta fácil conseguir el dominio propio y el recto dominio de la libertad, fin supremo de la educación; transforma el realismo miserable en nobleza vital; transfigura al 'pelado' y al 'pícaro' en personas con aspiraciones y hábitos al trabajo; organiza la espontaneidad y la convierte en fuerza poderosa, útil; trasunto del perdido paraíso, la virtud halla en él seguro anticipo de la felicidad."¹²

Entendido así el problema económico resulta, para la época, una gran novedad; está Lizardí predicando contra una vieja idea del oro que deslumbra a los novohispanos. Es un llamado a decirles que despierten de ese sueño falso que es la riqueza entendida como posesión. Se anticipa con ello al empleo que de los metales tenemos hoy día: señas de cambio para mercancía, ya que el metal en sí sólo sirve para determinados usos de la industria. Esta sería la única manera de que el mexicano encuentre su verdadera riqueza. Al referirse a la patria, años más tarde dirá lo mismo López Velarde:

El Niño Dios te escrituró un establo
Y los veneros de petróleo el diablo

Es, digamos, en Lizardí, la apología de un México económicamente autónomo. La pobreza es para él "dichosa" porque, no siendo la riqueza minera, es otro tipo de riqueza, aquella por la que propugna Lizardí y que habrá de llevar al país a la prosperidad. La decadencia de España, debida sin duda a la riqueza de Indias, dice agudamente el escritor, es prueba cierta del peligro que ésta encierra. Al referirse a España afirma que "Muchos políticos atribuyen la decadencia de industria, agricultura, carácter, población y comercio no a otra cosa que a la riqueza que pre-

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

¹² El Pensador Mexicano; Biblioteca del Estudiante Universitario. Estudio Preliminar, p. XLV.

sentaron sus colonias".¹³ Y si invoca el ejemplo de España es porque no supo oír tal consejo. En definitiva, nos dice Lizardi, hay que quitar a los novohispanos de ese viejo sueño y ponerlos a trabajar. La última lección de su novela, o mejor dicho, la esencial, será precisamente el impulso que Lizardi proponga por medio del trabajo.

En cuanto al problema de la igualdad del hombre, es así mismo resuelto y ventilado en *El Periquillo*. ¿Qué es lo que opina el negro del indio? Cuando envía a Manila al pícaro (tal y como Alemán y Quevedo mandan a América a los suyos), encuentra ocasión de hablar de la igualdad del hombre. En un pleito que tienen un oficial inglés y un negro, pone Lizardi en boca de éste la voz de la razón, mientras que el oficial se hace eco de la de la injusticia. Los conceptos de Lizardi no pueden ser más modernos: —“Pues siendo así, dijo el negro dirigiéndome la palabra— sepa usted que el pensar que un negro es menos que un blanco generalmente es una preocupación opuesta a los principios de la razón, a la humanidad y a la virtud moral.”¹⁴ En seguida se propugna en contra de la esclavitud y cita autoridades como Buffon, que “grita contra estos odiosos tratamientos que ha introducido la codicia”.¹⁵ Despreciar a los negros por su color y por su religión que no siempre es la cristiana, es un error; maltratarlos creyéndolos raza inferior, es crueldad; el creer que no son capaces de albergar grandes almas que conozcan la virtud moral, es tontería: son sabios, justos, valerosos, desinteresados, heroicos;¹⁶ la única diferencia es pues sensible y aparente y por lo tanto no debe contar. Esta línea de pensamiento le viene a Lizardi de la tónica general del siglo XVIII, ecos que se hallan, evidentemente, no sólo en él. El padre Márquez había dicho, con ligeras variantes, lo mismo. Al referirse a lo que él llama “verdadero filósofo”, dice: “Es cosmopolita (o sea ciudadano del mundo), tiene por compatriotas a todos los hombres, y sabe que cualquier lengua, por exótica que parezca, puede, en virtud de la cultura, ser tan sabia como la griega y cualquier pueblo por medio de la educación puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado respecto a la cultura; la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en

13 *El Periquillo* Sarmiento, t. II, p. 232.

14 *Opus cit.*, t. II, p. 246.

15 *Opus cit.*, t. II, p. 247.

16 *Opus cit.*, t. II, p. 250.

hombre alguno o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida.”¹⁷ Lizardi dice por su parte: “Ya te he dicho y has leído que el hombre debe ser en el mundo un cosmopolita o paisano de todos sus semejantes, y que la patria del filósofo es el mundo.”¹⁸

Si esto es así y con las premisas expuestas anteriormente, ¿cómo piensa Lizardi, en *El Periquillo*, del indio? En la novela aparecen alusiones al respecto algunas veces, aunque no muy frecuentemente. En una ocasión nos cuenta Periquillo que se llegó a él una pobre india, vieja ya, que condolidada de las adversidades que el propio Periquillo sufre, le pregunta sus causas. Ella trata de ayudarlo y le da unos guaraches y unas mantas raídas, pues lo han asaltado los ladrones. El comentario de Lizardi es significativo: “Cada vez que me acuerdo de esta india benéfica, se entenece mi corazón y la juzgo en su clase una heroína de caridad.”¹⁹ La juzga en su clase pero esto no indica que el indio no sea igual a los demás hombres, sino que por su culpa no realiza la humanidad que tiene, debido probablemente a su indolencia. También encontramos citas como ésta: “Si es cierto que hay aves de mal agüero (habla Periquillo), para mí las aves más funestas y de peor prestigio son los indios, porque por ellos me han sucedido tantos males.”²⁰ Hay pues un cierto desprecio por el indio, pero no porque no sea blanco, sino porque, como ya dijimos, no sabe vivir con altura, según Lizardi, la dignidad humana que posee. Es un problema social, que no racial. No hay pues una degradación del indio en este sentido; no les niega humanidad; la culpa está en el indio mismo, que no la cumple, es decir, no sabe vivirla. Creemos ver aquí una aclaración muy propia del criollo que es Lizardi. El criollo —según Edmundo O’Gorman— quiere ser español en cuanto que no quiere ser indio, pero por otra parte desea no ser europeo y ser, en esta forma, americano, para poderse separar de España. El criollo tiene un empeño enorme en no ser confundido con el indio, pero al mismo tiempo no puede prescindir de él porque lo necesita para hacer la guerra y para que le trabaje y le sirva.

17 Humanistas del siglo XVIII; Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1941. Pedro José Márquez, p. 133.

18 *El Periquillo* Sarmiento, t. II, p. 258.

19 *Opus cit.*, t. II, p. 237.

20 *Opus cit.*, t. I, p. 87.

Como en *El Periquillo Sarniento* —comedia mexicana— Lizardi habla de todo lo que acontece de importancia, es indudable que también topamos con la opinión que le merece el más grave de los problemas de la época: La Revolución de Independencia. ¿Qué reacciones tuvo ante el movimiento insurgente? ¿Cuáles fueron sus opiniones frente a los independientes? Rea Spell,²¹ dice que Lizardi “tenía treinta y dos años cuando apareció la primera de sus obras, un poema trivial para celebrar el advenimiento de Fernando VII al trono de España, es decir, en 1812; parece ser que desde entonces tuvo una constante preocupación de orden político. El mismo en alguna ocasión nos dice que “si ser liberales consiste en sacudir el yugo de las infinitas preocupaciones que por largo tiempo han encorvado nuestras cervices, yo desde luego tendría a gran honor ser contado en ese número; pero si consiste en ser inmoral, novator y hereje, yo no me alistaré jamás en tal bandera, pues en ese caso fuera para mí lo mismo que me llamaran jansenista o materialista, que liberalista u hugonote”.²² Él más bien como hombre de razón, ilustrado, opta por una conciliación pues según nos dice, así “España podría ganar la cooperación más bien que el odio de las colonias”.²³ Le parece del todo irracional una guerra; es pues un antirrevolucionario, lo que no indica en manera alguna que no desee la libertad de México. Hay una tesis en él de independencia relativa, cabe decir, el proponer una libertad a las colonias por un proceso inteligente: el natural advenimiento de éstas a una etapa histórica distinta, la independiente. No hay necesidad de un derramamiento de sangre ni de asolar a la nación o destruirla en la forma en que lo hizo el bando insurgente. Por eso no es de extrañar que en sus folletos trate de acabar con el odio que se había desatado entre las facciones contendientes y buscar armonía. Natural resulta, *asimismo*, que haya sido iturbidista, pues Iturbide se le aparece como un hombre racional e ilustrado. La tesis de que no se debe tener animadversión a los españoles y que todos somos hermanos, sustentada por los independientes, no puede ser más propicia al pensamiento de Lizardi. Después, cuando Iturbide se convierte en un tirano y acaba con las libertades constitucionales,

21 Rea Spell, Jefferson, *Opus cit.*

22 El Pensador Mexicano; Biblioteca del Estudiante Universitario. Estudio Preliminar, p. XLVII.

23 Rea Spell. *Opus cit.*, p. XIII.

traicionando su propia tesis, Lizardi se desilusiona de él y se separa por completo de esa posición suya antes adoptada con gran entusiasmo. Por todo lo dicho es lógico que cuando escribe *El Periquillo*, tres años después del grito de Dolores llame al año de 1810. "¡Epoca de horror, de sangre y desolación!";²⁴ entonces advierte que él podría hacer muchas reflexiones sobre el origen, progresos y probabilidades de tal guerra, pero añade textualmente que "es muy peligrosos escribir sobre esto en México el año de 1813".²⁵

La misma línea de pensamiento la tiene, sin duda, el Obispo de Michoacán Abad y Queipo el cual a pesar de haber sido en algunos aspectos precursor de la Independencia, censuró acremente la conducta seguida por la insurgencia y particularmente por Hidalgo a quien, como sabemos, excomulga. El obispo, como buen hijo del XVIII, ve en la guerra lo absurdo, al igual que Lizardi. Y en este sentido Lizardi mismo respecto a los extremistas insurgentes resulta un conservador, aun cuando su posición no sea, en cuanto tal, la de un conservador. Es ya al final de su vida, cuando en uno de sus últimos escritos (*Testamento y despedida del Pensador Mexicano*),²⁶ Lizardi entra al fin, en este aspecto, en una relativa calma. Dice que deja a su patria "independiente de España y de toda testa coronada, menos de Roma". Es esta la prueba más fehaciente de su aspiración a un México independiente y de que se congratula de que el movimiento haya llegado a término en forma favorable a los destinos del país.

El Periquillo es, bajo nuestra forma de pensar, la gran lección ilustrada que Lizardi da al México de la primera mitad del siglo XIX. En este sentido tal lección nos parece algo tardía respecto del propio movimiento enciclopedista del XVIII, pero no cabe duda que los vientos culturales que soplan en Europa llegan a América en esa época algunas veces no sólo con retraso, sino transformados, produciendo climas heterogéneos. La novela de Lizardi alcanza ya un matiz romántico lo cual la hace, ideológicamente, complicada.

Al ver a *Periquillo* con perspectiva histórica no podemos menos que reconocer que es una obra, pese a sus deficiencias, enormemente construc-

24 *El Periquillo* Sarniento, t. II, p. 471.

25 *Ibidem*.

26 *El Pensador Mexicano*; Biblioteca del Estudiante Universitario, p. 45.

tiva. "Trabaja para que puedas subsistir", son las palabras que todos los personajes positivos de la novela le dicen a Pedro constantemente. La fórmula "trabajo" en Lizardi no significa enriquecimiento en ese sentido que analizamos; trabajo es honestidad, decoro. Por eso el que Lizardi odie al dinero por los abusos que ocasiona no va en contra de su amor por el trabajo, al que tanto desprecia Periquillo, ejemplo magnífico de holgazanería. A pesar de todos sus atavismos, Periquillo se regenera y esta ruta suya es la que México entero, "país de pícaros" como lo llama Lizardi, debe seguir.

En este mundo de progreso tan peculiar que nos presenta Lizardi hemos visto pues la intención que tiene de resolver los problemas que asaltan a su época. Por un lado el religioso, en su combinación de Providencia y progreso, que lo hace mezclar sus modernas teorías con su tradición fuertemente católica; por otro el económico, cimiento de un nuevo concepto, en el cual propone un nuevo tipo de riqueza, fundada, esencialmente, en la agricultura, la industria y el comercio, es decir, en el trabajo, no en la posesión de los metales. En seguida el problema de la igualdad del hombre con su muy especial visión del indio, el cual según lo que nosotros hemos podido advertir, para Lizardi no ha acabado de realizarse como ser humano. Por último el problema político en el cual se perfila en contra de la insurgencia pero en favor de la independencia del país. Al dar pues este tipo de soluciones a las cuestiones por él enfocadas, Lizardi consigue presentar el drama de su tiempo y expresar por primera vez dentro de nuestra literatura el sentido utópico de la vida mexicana. Tal sentido quedará logrado si se ennoblece al país por medio de una sólida y constructiva educación.

SERGIO FERNÁNDEZ

Este estudio fué leído en el Congreso Mexicano de Historia (XI sesión), celebrado en la ciudad de Guadalajara, el mes de noviembre del año 1953, en conmemoración del Decreto de la abolición de la esclavitud expedido por don Miguel Hidalgo y Costilla.